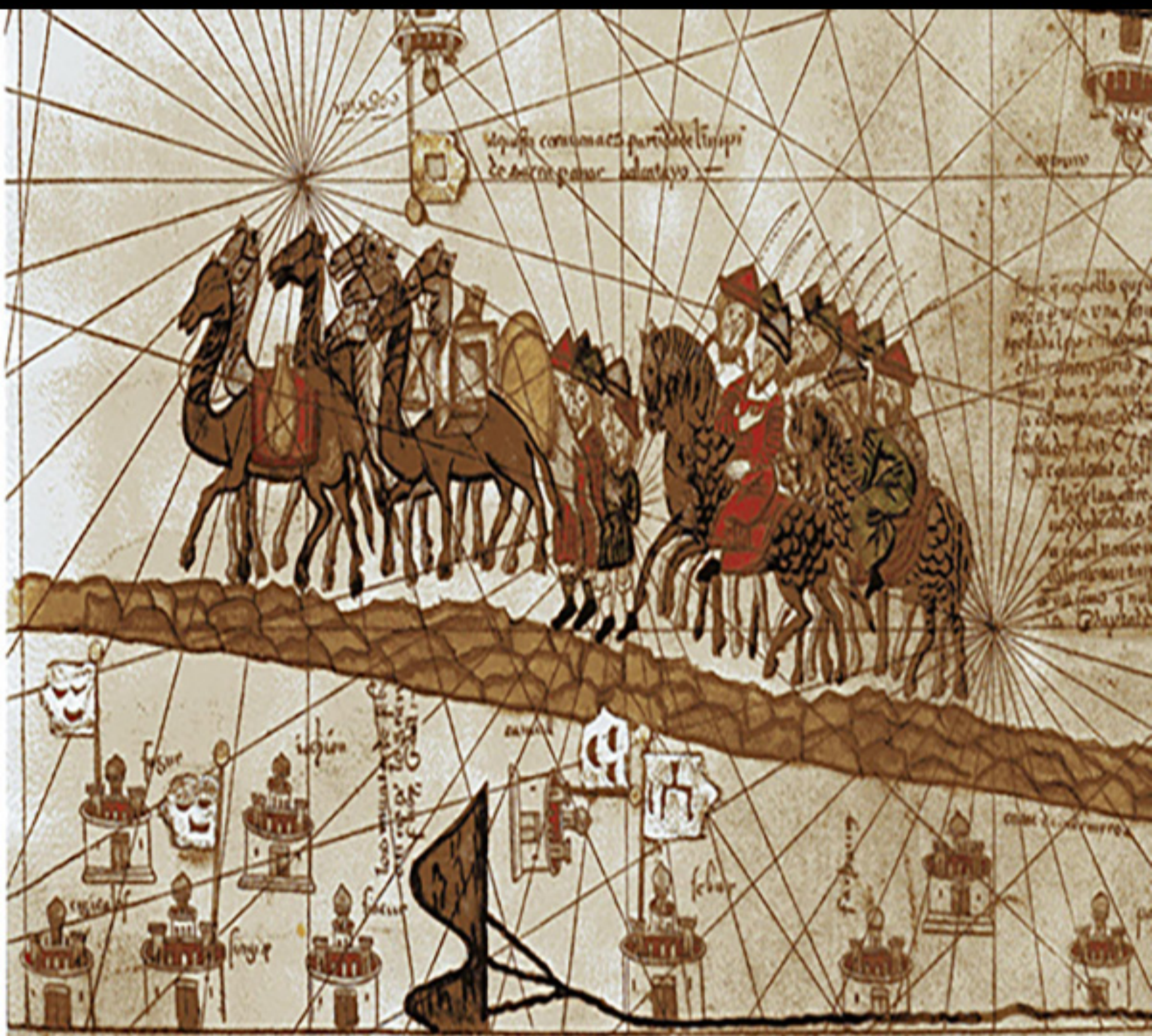


# El descubrimiento de la Tierra



Julio Verne



# El descubrimiento de la Tierra



Julio Verne





Publicado originalmente en 1878, en esta obra se narran, a modo de aventuras, los principales viajes y descubrimientos realizados a lo largo de la historia de la humanidad, incluyendo completas biografías de los viajeros y aventureros que los protagonizaron. Aparecen, junto a los nombres de los grandes navegantes (Piteas, Polo, Colón, Cook, Drake, Hudson, etc.), otros menos conocidos pero de gran importancia como Eudoxio, Ibn Batutah y Picard. Si el mapa del mundo a finales del siglo XIX presentaba grandes zonas vacías con la denominación «tierra incógnita», gracias al genio de Verne, en ellas no sólo se aventuraron hombres como David Livingstone, Henry M. Stanley, *sir* Richard Burton, etc.; también lo hicieron el capitán Hatteras, el doctor Ferguson, Otto Lindenbrock, el capitán Nemo y, desde ya, los millones de ávidos lectores que crecieron o se iniciaron en el maravilloso mundo que nos reveló el señor Julio Verne. No habría grandes viajes ni grandes viajeros sin grandes cronistas. Esta verdad es la que se le revelará de inmediato al lector cuando tome contacto con tan singular y amena obra del escritor francés.



Jules Verne

# **El descubrimiento de la Tierra**

**Historia de los grandes viajes y de los grandes viajeros - 1**

ePub r1.0

Titivillus 29.07.2017

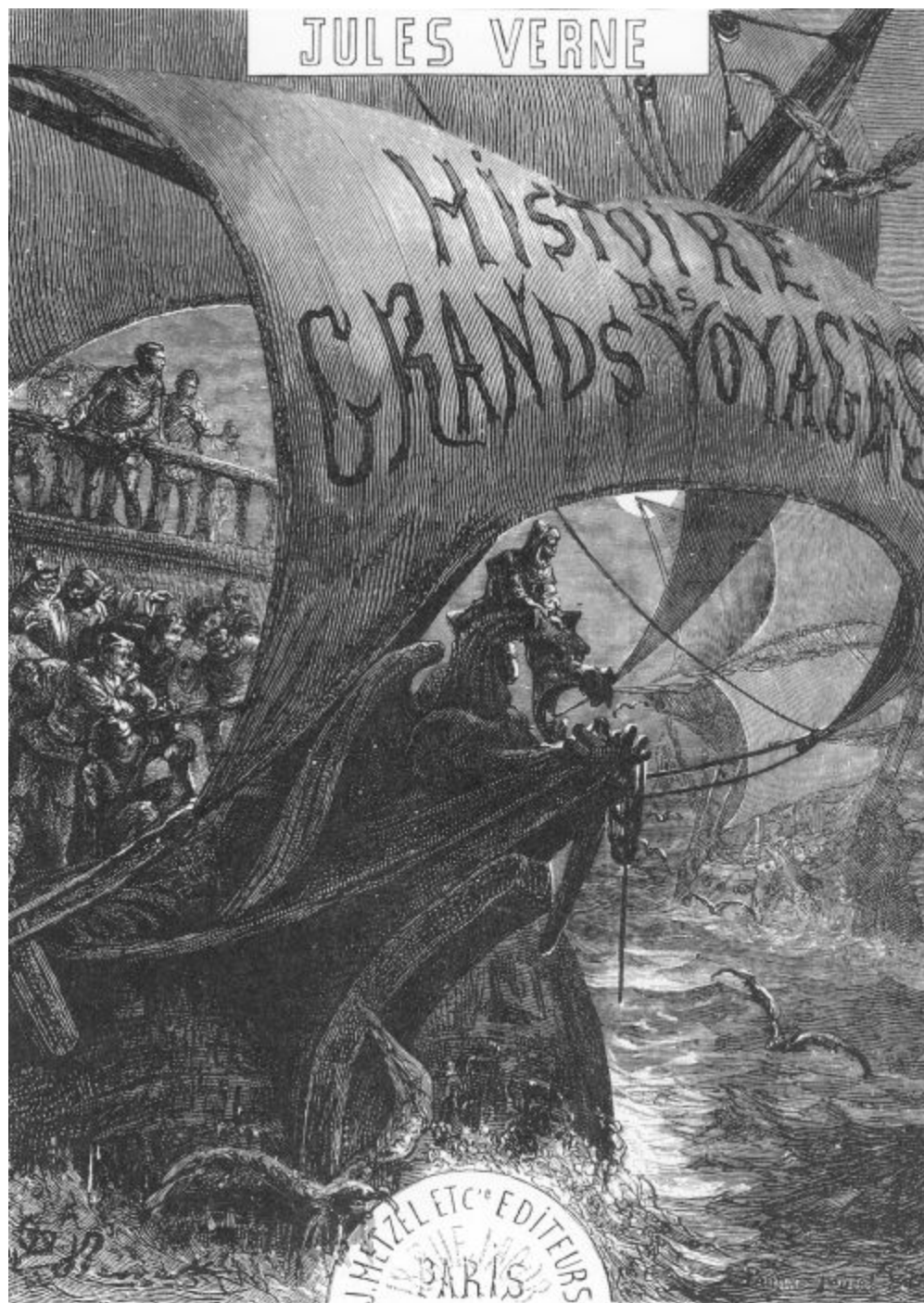
Título original: *La découverte de la terre*  
Jules Verne, 1878

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2





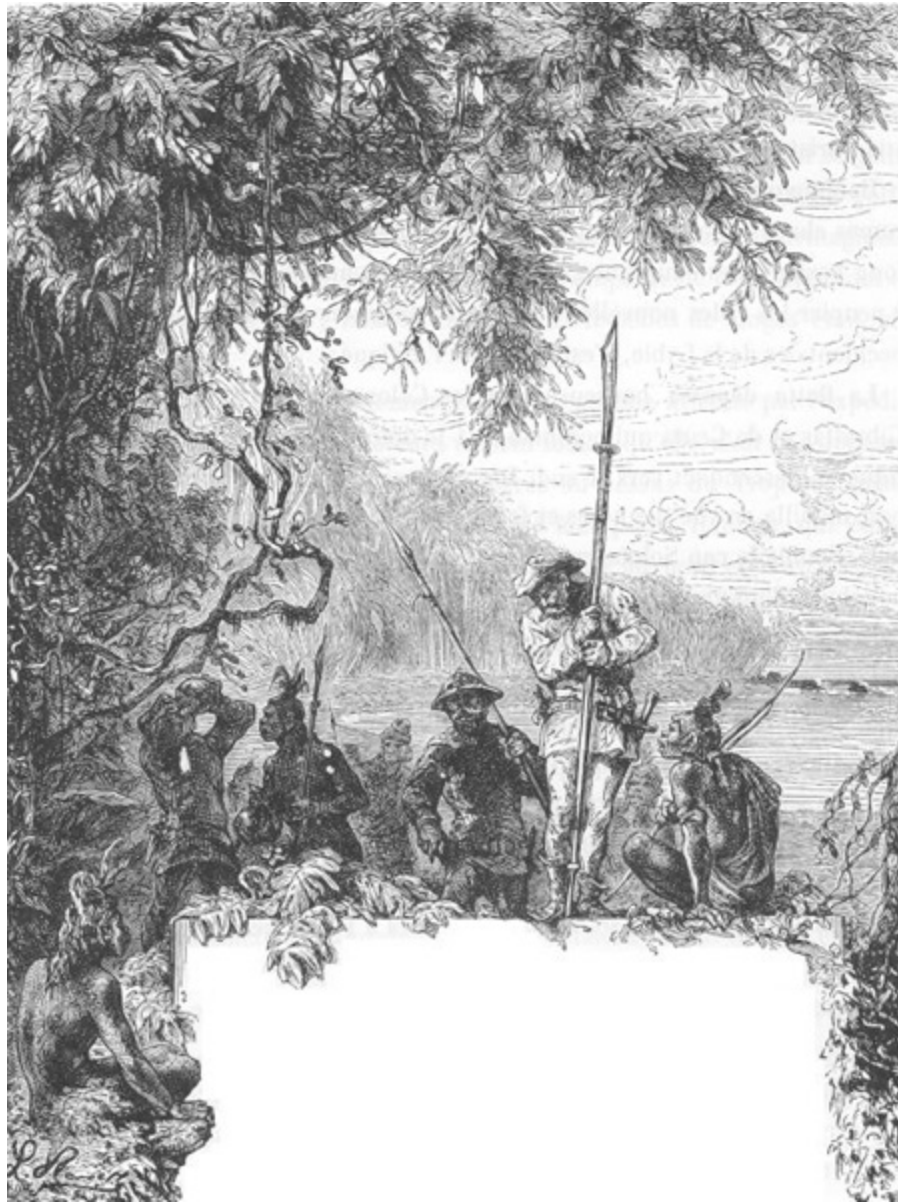
JULES VERNE











# **PRIMERA PARTE**

# I

## VIAJEROS CELEBRES ANTERIORES A LA ERA CRISTIANA

**HANNÓN (505). —HERODOTO (484). —PITEAS (340). — NEARCO (326). — EUDOXIO (146). —CÉSAR (100). — ESTRABÓN (50).**

**Hannón el Cartaginés. —Las islas Afortunadas, el Cuerno de la Tarde, el Cuerno del Mediodía, el golfo del Río de Oro. —Herodoto visita el Egipto, la Libia, la Etiopía, la Fenicia, la Arabia, Babilonia, Persia, la India, la Media, la Cólquida, el mar Caspio, la Escitia, la Tracia y Grecia. —Piteas explora las costas de la Iberia y de la Céltica, la Mancha, la isla de Albión, las Oreadas, la tierra de Thule. —Nearco recorre la costa asiática desde el Indo hasta el golfo Pérsico. —Eudoxio, reconoce la costa occidental del África. — César conquista la Galia y la Gran Bretaña. —Estrabón recorre el Asia interior, el Egipto, Grecia e Italia.**

El primer viajero que nos presenta la historia en el orden cronológico es Hannón, a quien el Senado de Cartago envió a colonizar varios territorios de las costas occidentales del África. El relato de esta expedición fue escrito en lengua púnica, traducido al griego y conocido con el título *Periplo de Hannón*. ¿En qué época vivió este explorador? Los historiadores no están acordes acerca de este extremo, pero la versión más probable fija en

Hannón zarpó de Cartago con una flota de sesenta bajeles de cincuenta remos cada uno, conduciendo treinta mil personas y los víveres necesarios para un largo viaje. Aquellos emigrantes, que así se les puede llamar, debían poblar las nuevas ciudades que los cartagineses se proponían fundar en las costas occidentales de la Libia, es decir, del África.

La flota cruzó felizmente por entre las columnas de Hércules, esas montañas de Gibraltar y Ceuta que dominan el Estrecho, y desembocó en el Atlántico, dirigiéndose hacia el Sur. Dos días después de haber pasado el estrecho, fondeó a la vista de tierra y fundó la ciudad de Thymaterion; después se hizo a la mar, dobló el cabo de Solois, creó nuevas factorías y avanzó hasta la desembocadura de un gran río africano en cuyas riberas acampaba una tribu de pastores nómadas.

Después de haber hecho un tratado de alianza con aquellos pastores, el navegante cartaginés continuó sus exploraciones hacia el Sur, llegando hasta cerca de la isla de Cerne, situada al fondo de una bahía cuya circunferencia medía cinco estadios, o sean novecientos veinticinco metros. Según aparece en el diario de Hannón, esta isla debía encontrarse con relación a las columnas de Hércules a una distancia igual a la que separa a éstas de Cartago. ¿Qué isla era? Sin duda un islote perteneciente al grupo de las Afortunadas.

Emprendióse de nuevo la navegación y llegó Hannón a la desembocadura del río Cretes, que formaba una especie de bahía interior. Los cartagineses remontaron este río y fueron recibidos a pedradas por los naturales, que eran de raza negra.

En aquellos parajes abundaban los cocodrilos y los hipopótamos.

Efectuada esta exploración, regresó la flota a Cerne, y doce días después llegó a la vista de una comarca montañosa, en la cual abundaban los árboles odoríferos y las plantas balsámicas y penetró en un gran golfo cerrado por una llanura. Esta región apacible durante el día, por la noche se iluminaba con torrentes de llamas, producidas por hogueras que encendían los salvajes, o por la combustión espontánea de las hierbas secas después de la estación de las lluvias.

Cinco días después dobló Hannón el cabo llamado Cuerno de la Tarde, y allí, según su propia expresión, *oyó todavía el sonido de los pitos, de los*

*címbalos, de los tamboriles y de los clamores de un pueblo innumerable.* Los adivinos que acompañaban la expedición, le aconsejaron que huyese de aquella espantosa tierra, y obedeciendo este consejo, siguió la flota su rumbo hacia latitudes más bajas. Llegó a un cabo que formaba un golfo llamado Cuerno del Mediodía. Según d'Avezac, debía ser la desembocadura misma del río de Oro, que desagua en el Atlántico, cerca del trópico de Cáncer. En el fondo del golfo se veía una isla habitada por gran número de gorilas, que los cartagineses tomaron por salvajes velludos; se apoderaron de tres hembras y tuvieron que matarlas. ¡Tan indomable era el furor de aquellos animales!

El Cuerno del Mediodía fue ciertamente el límite que alcanzó la expedición púnica. Algunos comentadores suponen que no pasó del cabo Bojador, que se extiende dos grados más abajo del Trópico, mas parece que ha prevalecido la opinión contraria. Como al llegar a dicho punto, Hannón empezaba a encontrarse escaso de víveres, hizo rumbo hacia el Norte y regresó a Cartago, donde mandó grabar la relación de este viaje en el templo de Baal Moloch.

Después del explorador cartaginés, el más ilustre de los viajeros de la antigüedad durante los tiempos históricos fue Herodoto, llamado *el padre de la Historia*, sobrino del poeta Panyasis, cuyas poesías rivalizaban a la sazón con las de Homero y Hesiodo.

Por nuestra parte, haciendo caso omiso del historiador, seguiremos al viajero a través de las comarcas que recorrió.

Herodoto nació en Halicarnaso, ciudad del Asia Menor, el año 484 antes de J. C. Su familia era rica y pudo, por medio de sus muchas relaciones comerciales, favorecer los instintos de explorador que en él se revelaban. En aquella época se hallaban muy divididas las opiniones respecto a la forma de la tierra; no obstante, la escuela pitagórica empezaba a sostener que debía ser redonda; pero Herodoto no tomó ninguna parte en la discusión que apasionaba a los sabios de su época, y joven todavía se alejó de su patria con el objeto de explorar con el mayor cuidado las comarcas conocidas en su tiempo y acerca de las cuales sólo se tenían datos inseguros.

Salió de Halicarnaso en 464, a la edad de veinte años, y, según toda probabilidad, se dirigió desde luego hacia el Egipto, donde visitó Menfis, Heliópolis y Tebas. Hizo en este viaje útiles estudios acerca de los desbordamientos del Nilo, y resolvió las diversas opiniones de la época, respecto de las fuentes de este río, al que adoraban los egipcios como un dios. «Cuando el Nilo se ha desbordado, dice, no se ven más que las ciudades sobresaliendo de las aguas, semejantes a las islas del mar Egeo». Refiere las ceremonias religiosas de los egipcios, sus piadosos sacrificios, su diligencia en asistir a las fiestas de la diosa Isis, principalmente en Busiris, cuyas ruinas se ven aún cerca de Busyr, y su veneración por los animales salvajes y domésticos que consideraban como sagrados y a los que tributaban honras fúnebres. Describe con la exactitud de un naturalista el cocodrilo del Nilo, su estructura, sus costumbres, y la manera de cazarlo; después el hipopótamo, el tupinambo, el fénix, el ibis y las serpientes consagradas a Júpiter.

Nadie ha sido tan exacto al describir los usos egipcios, las costumbres domésticas, los juegos, y los embalsamamientos en que tanto sobresalían los químicos de aquel tiempo. Después relata la historia del país, desde Menes, su primer rey; describe las pirámides y cómo fueron construidas en tiempo de Ceops; el laberinto situado un poco más arriba del lago Moeris, cuyos restos se descubrieron en 1799; el lago Moeris, que, a su juicio, fue hecho por mano del hombre, y las dos pirámides que se elevaban sobre sus aguas; admira mucho el templo de Minerva en Sais, los de Vulcano e Isis en Menfis, y el colosal monolito, para cuyo transporte desde Elefantina a Sais emplearon tres años dos mil hombres, todos marineros.

Después de haber visitado escrupulosamente el Egipto, pasó Herodoto a la Libia, es decir, al África propiamente dicha, pero no creía el joven viajero que esta región se extendiera más allá del trópico de Cáncer, suponiendo que los fenicios dieron la vuelta a dicho continente y regresaron a Egipto por el estrecho de Gibraltar. Herodoto enumera después los pueblos de la Libia, los cuales no eran más que simples tribus nómadas que habitaban las costas; más adelante, en el interior de las tierras infestadas por fieras, cita los amonienses, que poseían el célebre templo de Júpiter Amón, cuyas ruinas se han descubierto al nordeste del desierto de la Libia, a quinientos



kilómetros del Cairo. Da también interesantes pormenores acerca de las costumbres de los libios, y describe sus usos; habla de los animales que pueblan su suelo, tales como serpientes de prodigioso tamaño, leones, elefantes, osos, asnos con cuernos (probablemente rinocerontes), monos cinocéfalos (animales sin cabeza con ojos en el pecho), zorras, hienas, puercos espines, carneros salvajes, panteras, etc., y termina diciendo que toda la comarca está habitada solamente por dos pueblos indígenas, los libios y los etíopes.

Según Herodoto, estos últimos se encuentran ya al Norte de Elefantina, pero ¿viajó realmente el sabio explorador por aquella comarca? Sus comentadores lo dudan, y lo probable es que adquiriese por conducto de los egipcios los detalles que da acerca de la longevidad de los habitantes. Lo que no admite duda, porque lo dice terminantemente, es que visitó Tiro, en Fenicia, en donde admiró los dos magníficos templos de Hércules. Después hizo un viaje a Tasos y utilizó los informes tomados sobre el terreno para hacer una abreviada reseña histórica de la Fenicia, de Siria y de Palestina.

Desde aquellas comarcas pasó Herodoto al Sur hacia la Arabia a cuyo país da el nombre de Etiopía de Asia, es decir, la parte meridional de Arabia que suponía era el último país habitado. Considera a los árabes como el pueblo que guarda más religiosamente su juramento; sus únicos dioses son Urania y Baco; el suelo produce abundantemente incienso, mirra, canela, cinamomo y ledón, y termina el viajero dando interesantes detalles sobre la recolección de esas substancias odoríferas.

Después encontramos a Herodoto en aquellas célebres comarcas que él llama indistintamente Asiria o Babilonia. Describe minuciosamente la gran ciudad de Babilonia que los reyes del país habitaban después de la destrucción de Nínive y cuyas ruinas no son hoy más que montículos esparcidos a ambas orillas del Eufrates a setenta y ocho kilómetros sudoeste de Bagdad. El Eufrates, caudaloso, profundo y rápido, dividía la ciudad en dos partes; a un lado se elevaba el palacio fortificado del rey, y al otro el templo de Júpiter Belus, que quizá fue edificado sobre los cimientos de la torre de Babel. Herodoto habla después de las reinas Semíramis y Nitocris, y refiere todo lo que hizo la segunda para afirmar el bienestar y la seguridad de su capital. Pasa después a describir los productos de la comarca, del

cultivo del trigo, la cebada, el mijo, el sésamo, la vid, la higuera y la palma; y termina hablando de las costumbres de los habitantes, particularmente las concernientes a los matrimonios, los cuales efectuaban por medio de pregón público.



Después de haber explorado la Babilonia, se trasladó Herodoto a Persia; y como el objeto de su viaje era recoger sobre el terreno los documentos relativos a las prolongadas guerras de Persia y de Grecia, debía visitar el teatro de los combates cuya historia quería escribir. Principia citando las costumbres de los persas, que no reconocían en los dioses forma humana, por lo cual ni les erigían templos ni altares, contentándose con adorarles desde la cúspide de las montañas. Cita después sus costumbres domésticas, su desprecio por la carne, su afición a las golosinas, su pasión por el vino, el hábito de tratar los asuntos serios después de haber bebido con exceso, su curiosidad por conocer los usos extranjeros, su afán de placeres, sus virtudes bélicas, su bien entendida severidad para la educación de los niños, su respeto a la vida del hombre y hasta la del esclavo, su horror a la mentira y a las deudas y su repugnancia hacia los leprosos, cuya enfermedad probaba, según ellos, que «el infeliz enfermo había pecado contra el Sol».

La India de Herodoto, según Vivien de Saint-Martin, no comprendía más que la comarca bañada por los cinco afluentes del Penjab actual, junto con el Afganistán. Allí se dirigió el joven viajero al abandonar el reino de Persia; para él, los indios eran los pueblos más numerosos de todos los conocidos. Unos tenían morada fija, otros eran nómadas; los del Este, llamados padeos, mataban a los ancianos y a los enfermos y se los comían; los del Norte, que eran los más valientes e industriosos, recogían las arenas auríferas. La India era para Herodoto la última comarca habitada al Este, y advierte que «en los confines de la tierra se encuentra la parte más deliciosa de toda ella, así como Grecia tiene la temperatura más agradable».

Viajero infatigable, Herodoto pasó en seguida a la Media, y hace la historia de estos pueblos que fueron los primeros en sacudir el yugo de los asirios. Los medos fundaron la inmensa ciudad de Ecbatana, rodeada de siete murallas concéntricas, y quedaron reunidos en un solo pueblo bajo el reinado de Dejoces. Después de atravesar las montañas que separan la Media de la Cólquida, penetró el viajero griego en el país que ilustró Jason con sus proezas, y estudió con mucha exactitud sus usos y costumbres.

Parece que Herodoto llegó a conocer perfectamente la posición topográfica del mar Caspio, puesto que dice que «es un solo mar», y que no tiene comunicación alguna con otro. El Caspio, a su juicio, está limitado al

Oeste por el Cáucaso, y al Este por una gran llanura que habitaban los masagetas, los cuales podían ser muy bien escitas, según la opinión admitida por Arriano y Diodoro de Sicilia. Estos masagetas adoraban únicamente al Sol, y sacrificaban caballos en honor suyo. Herodoto habla en este punto de dos grandes ríos, uno de los cuales, el Araxes, debe ser el Volga, y el otro, Ister, el Danubio.

Después el viajero pasó a Escitia; según él, los escitas eran las diversas tribus que poblaban el territorio comprendido entre el Danubio y el Don, es decir, una considerable porción de la Rusia europea. Los escitas tenían la costumbre de arrancar los ojos a los prisioneros. No se dedicaban al cultivo porque eran nómadas. Herodoto refiere las diversas leyendas que obscurecen el origen de la nación escita y en el cual desempeña Hércules un papel principal. Cita después los distintos pueblos o tribus que componían la nación, mas no parece que visitó las comarcas situadas al norte del Ponto Euxino; hace una descripción minuciosa de las costumbres de estos pueblos, y muestra una sincera admiración hacia el Ponto Euxino, el inhospitalario mar. Consigna con bastante exactitud las dimensiones del Mar Negro, del Bósforo, de la Propóntide, del Palus-Meótides y del mar Egeo. Enumera los grandes ríos que vierten sus aguas en dichos mares, como el Ister o Danubio, el Boristenes o Dniéper, el Tanais o Don, y concluye refiriendo la manera cómo se realizó la alianza y por consiguiente la unión de los escitas y de las amazonas, lo cual explica por qué no podían casarse las jóvenes del país hasta haber matado a un enemigo.

Después de una corta permanencia en Tracia, durante la cual reconoció que los getas eran los más valientes de esta raza, llegó Herodoto a Grecia, término final de sus viajes, el país en donde se proponía recoger los últimos documentos necesarios para la historia. Visitó los lugares que hicieron memorables los principales combates entre griegos y persas, tales como el paso de las Termopilas, del que hace una escrupulosa descripción; recorrió también la llanura de Maratón, el campo de batalla de Platea, y de allí volvió a pasar al Asia Menor, visitando el litoral, en donde los griegos habían fundado numerosas colonias.

Al regresar a Caria, en el Halicarnaso, no contaba aún veintiocho años el célebre viajero, pues al cumplir esa edad, el año de la primera olimpiada,

o sea 456 antes de J. C, fue cuando leyó su historia en los juegos olímpicos. Su patria estaba entonces oprimida por Lygdamis y tuvo que retirarse a Samos; poco tiempo después consiguió derribar al tirano, mas la ingratitud de sus conciudadanos le obligó a tomar otra vez el camino del destierro. En el año 444 asistió a las fiestas panateneas, donde leyó su obra completamente terminada, provocando un entusiasmo universal, y hacia el fin de sus días se retiró a Italia, a Turín, donde murió en el año 406 antes de la era cristiana, dejando la reputación de ser el más ilustre viajero e historiador de la antigüedad.

Después de Herodoto, saltando siglo y medio, citaremos al médico Ctesias, contemporáneo de Jenofonte, que publicó la relación de su viaje por la India, que, según parece, no verificó, y llegaremos al marsellés Piteas, el cual era a la vez viajero, geógrafo y astrónomo y una de las celebridades de la época. Hacia el año 340 Piteas se aventuró con un solo bajel a ir más allá de las columnas de Hércules, pero en vez de dirigirse hacia el Sur siguiendo la costa africana, como habían hecho sus antecesores los cartagineses, se remontó hacia el Norte, corriéndose por las costas de la Iberia y de la Céltica hasta los puntos avanzados que forman actualmente el cabo Finisterre; después embocó el canal de la Mancha llegando a Inglaterra, a la isla de Albión, cuyo primer explorador fue él. En efecto, desembarcó en distintos puntos de la costa y entró en relaciones con sus habitantes, gentes sencillas, honradas, sobrias, dóciles e industriosas que hacían un gran comercio en estaño.

El navegante galo se aventuró más hacia el Norte; traspuso las islas Oreadas situadas al extremo de Escocia, y se remontó a una latitud tan alta que durante el verano las noches eran de dos horas. Después de seis días de navegación, llegó a una tierra llamada Tule, probablemente la Jutlandia o la Noruega, de la cual no pudo pasar. «Más allá —dice—, no había ni mar ni tierra ni aire». Regresó, pues, por el mismo camino, pero, modificando su primera dirección, llegó a la desembocadura del Rin, donde habitaban los ostiones y más lejos los germanos. Desde allí llegó a las bocas del Tanais, que se supone fuese el Elba o el Oder, y regresó a Marsella, un año después de haber zarpado de ella.

No sólo era Piteas un atrevido navegante, sino también un sabio notable; fue el primero que conoció la influencia de la Luna en las mareas, y que la estrella Polar no ocupa exactamente el punto por donde se supone que pasa el eje del globo.

Algunos años después de Piteas, hacia el 326 antes de J. C, ilustróse entre los exploradores un viajero macedonio, Nearco, natural de Creta, almirante de Alejandro, quien le dio el encargo de explorar toda la costa meridional del Asia, desde la desembocadura del Indo hasta el Eufrates.

Cuando concibió el conquistador la idea de hacer un reconocimiento que debía asegurar las comunicaciones de la India con el Egipto, se hallaba con su ejército a ochocientas millas de la costa, cerca del nacimiento del Indo. Confió a Nearco el mando de una flota que se supone estaba compuesta de treinta y tres galeras, de navíos de dos puentes y muchos buques de transportes, tripulados por dos mil hombres, y reuniendo en su totalidad unas ochocientas velas. Nearco tardó cuatro meses en bajar por el Indo, siendo escoltado desde ambas riberas por los ejércitos de Alejandro. Llegado el conquistador a las bocas del gran río, empleó siete meses en la exploración del Delta; Nearco se hizo más tarde a la vela y siguió la costa que forma en el día el límite sur del reino de Baluchistán.

Nearco emprendió su viaje el 2 de octubre, es decir, un mes antes de lo que le convenía para que el monzón de invierno imprimiese una dirección favorable a su viaje y a sus proyectos. No obstante, el principio de su viaje fue muy lento, pues en los primeros cuarenta días apenas logró avanzar ochenta millas al Oeste. Arribó primeramente a Stura y Coreestis, nombres que no corresponden a ninguna de las poblaciones que existen actualmente en aquella costa; después llegó a la isla de Crocala, que forma la bahía de Caranthey. Azotada la flota por los vientos a poco de haber doblado el cabo de Monza, se refugió en un puerto natural, que el almirante tuvo que fortificar para defenderse de los ataques de los bárbaros, los sangarianos actuales, que forman todavía una tribu de piratas.

Veinticuatro días después, el 3 de noviembre, se hizo Nearco nuevamente a la vela, pero los golpes de viento le obligaron con frecuencia a recalar en diversos puntos de la costa, teniendo siempre que defenderse de los ataques de los arabitas, esos feroces baludíes modernos a quienes

presentan los historiadores orientales «como gentes bárbaras que llevan sus largos cabellos enmarañados, que se dejan crecer la barba y se asemejan a los faunos y a los osos». Hasta entonces no había sobrevenido ningún accidente grave a la flota macedónica, pues el 10 de noviembre, el viento sopló con tal violencia que hizo naufragar dos galeras y un navío. Nearco fondeó entonces en Crocala y se abasteció con un convoy de granos que le había enviado Alejandro, con lo cual cada embarcación recibió víveres para diez días.

Después de diversos incidentes de navegación, y de sostener una corta lucha con los bárbaros de la costa, llegó Nearco al confín del territorio de los oritas, que señala con el nombre de cabo Moran la geografía moderna. Al llegar a este pasaje de su narración, consigna Nearco que cuando se hallaba el sol a la mitad de su carrera hería verticalmente los objetos, y no proyectaban sombra alguna, pero es evidente que estaba en un error, porque en dicha época el astro del día se hallaba en el hemisferio Sur, en el trópico de Capricornio, y además los buques de Nearco estuvieron siempre alejados algunos grados del trópico de Cáncer; de consiguiente, ni en pleno verano se habría podido producir semejante fenómeno.

Continuó la navegación en mejores condiciones cuando se regularizó el monzón del Este. Nearco recorrió la costa de los ictiófagos, los *comedores de pescado*, tribus miserables que por falta de pastos en su país tienen que alimentar sus rebaños con los productos del mar. La flota volvió otra vez a sufrir por falta de víveres y dobló el cabo de Posmi; allí tomó Nearco un piloto indígena, y empujadas las naves por algunas brisas de tierra pudieron avanzar con rapidez. La costa era menos árida y se veían esparcidos por ella algunos árboles. Nearco llegó a un pueblecillo de ictiófagos, que no nombra, y, como carecía de víveres, se apoderó por sorpresa de los que encontró, con perjuicio de los habitantes, quienes tuvieron que ceder a la fuerza.

La flota llegó a Canasida, que es el actual pueblo de Churbar, cuyas ruinas se ven aún en la bahía de este nombre, pero empezaba a faltar nuevamente el trigo; Nearco recaló sucesivamente en Canata, Trois y Dagasira, sin poder proveerse de víveres en aquellas miserables poblaciones;

los navegantes carecían de carne y de trigo y no podían decidirse a comer tortugas que tanto abundan en aquellos parajes.



No bien llegó la flota a la entrada del golfo Pérsico, se encontraron ante un enorme grupo de ballenas. Los marineros se asustaron y querían huir,



pero Nearco los animó con su palabra, y les hizo acometer aquellos enemigos que fueron dispersados fácilmente.

Al llegar a la altura de la Caramania, volvió un poco el rumbo hacia el Oeste, y se mantuvo entre el Occidente y el Norte. La costa era fértil y se veían en ella abundantes campos de trigo, pastos y toda clase de árboles frutales, menos olivos. Nearco hizo escala en Badis, el Jask actual, y después de doblar el promontorio de Maceta o Musendam, los navegantes descubrieron la entrada del golfo Pérsico, al que, igual que los geógrafos árabes, da el nombre de mar Rojo.

Penetró en el golfo, y llegó al punto llamado Harmozia, que más tarde ha dado su nombre a la isleta de Ormuz. Allí supo que el ejército de Alejandro se encontraba a cinco jornadas de distancia, y se apresuró a desembarcar para reunirse al conquistador, el cual hacía veintiuna semanas que no tenía noticias de la flota y no esperaba ya volver a verla. Fácil es imaginar su alegría al ver al inesperado almirante, a quien habían enflaquecido y demudado las fatigas. Para festejar su regreso, Alejandro hizo celebrar juegos gimnásticos y ofreció grandes sacrificios a los dioses, en acción de gracias. Después quiso Nearco volver a tomar el mando de la flota para conducirla a Susa, volvió a Harmozia, y se hizo a la mar, invocando antes a Júpiter Salvador.

Visitó varias islas, probablemente las de Arek y Kismis; poco tiempo después, encallaron los bajeles, si bien la marea alta los puso a flote; doblaron el promontorio de Bestión y tocaron en Keish, isla consagrada a Mercurio y Venus, límite extremo de la Caramania, pues allí comenzaba Persia. La flota siguió la costa pérsica visitando diversos puntos: Gillam, Inderabia, Shevu, Konkun y Sita-Reghio, donde Nearco pudo recoger un convoy de trigo que le envió Alejandro.

Después de muchos días de navegación, llegó la escuadra a la desembocadura del río Endian, que separa la Persia de la Susiana, y desde allí descubrió la entrada de un gran lago abundante en pesca llamado Cataderbis, que está situado en la comarca que lleva hoy el nombre de Dorghestan. Por fin, fondeó delante de Déjela, ciudad babilónica, en las mismas fuentes del Eufrates, después de haber reconocido toda la costa comprendida entre este punto y el Indo. Nearco se reunió por segunda vez

con Alejandro que le recompensó magníficamente y le confirmó en el mando de la flota, pues el conquistador se proponía emprender el reconocimiento de toda la costa árabe hasta el mar Rojo, pero le sorprendió la muerte sin haber podido realizar sus proyectos.

Créese que posteriormente fue Nearco gobernador de la Libia y de la Panfilia; durante sus horas de ocio escribió la relación de sus viajes, trabajo que se había perdido, pero del cual afortunadamente había hecho Arriano un análisis completo en su *Historia Indica*. Es probable que Nearco fuera muerto en la batalla de Ipsus logrando la reputación de hábil navegante, pues su viaje es un hecho memorable en la historia de la navegación.

Ahora debemos citar una audaz tentativa realizada en aquella época por Eudoxio de Cícico, geógrafo que floreció en el año 146 antes de J. C, en la corte de Evergetes II. Después de haber visitado el Egipto y las costas de la India, concibió este atrevido aventurero la idea de dar la vuelta al África, pensamiento que no debía verse realizado hasta mil seiscientos años después por Vasco de Gama. Eudoxio fletó un gran navío y dos barcas, y se lanzó en las desconocidas olas del Atlántico, pero es difícil determinar hasta dónde condujo sus embarcaciones. Sea lo que fuese, volvió a la Mauritania después de haber aprendido la lengua de los naturales, a quienes consideró como etíopes; desde allí pasó a Iberia e hizo los preparativos de un nuevo viaje de circunnavegación alrededor del África. ¿Llegó a efectuarlo? No puede asegurarse, y hasta es preciso añadir que este Eudoxio, más valeroso que probo, ha sido calificado de impostor por muchos sabios.

Sólo nos falta mencionar dos nombres entre los viajeros que se ilustraron antes de la era cristiana; César y Estrabón. César, que nació cien años antes de J. C, fue más que todo un conquistador, en cuyos planes no entraba la exploración de países nuevos. Recordaremos únicamente que el año 58 emprendió la conquista de la Galia, y durante los diez años que duró tan grande empresa, condujo sus victoriosas legiones hasta las costas de la Gran Bretaña cuyas provincias estaban habitadas por pueblos de origen germánico.

Estrabón, que nació en Capadocia, 50 años antes de J. C, se distinguió más bien como geógrafo que como viajero; sin embargo recorrió el interior

del Asia, el Egipto, Grecia e Italia, y vivió largo tiempo en Roma, donde murió en los últimos tiempos de reinado de Tiberio. Estrabón dejó una geografía dividida en diecisiete libros, de los que se conservan la mayor parte; esta obra forma, con la de Ptolomeo, el monumento más importante que la antigüedad ha legado a los geógrafos modernos.

## II

# VIAJEROS CELEBRES DE LOS SIGLOS I AL IX

**PAUSANIAS (174). —FA-HIAN (399). — COSMAS  
INDICLOPEUSTES (5...). ARCULFO (700). —  
WILLIBALD (725). —SOLIMÁN (851).**

**Plinio, Hippalus, Arriano y Ptolomeo. —Pausanias visita la Ática, la Corintia, la Laconia, la Mesina, la Elida, la Acaya, la Arcadia, la Beocia y la Fócida. —Fa-Hian explora el Kantcheu, la Tartaria, la India del Norte, el Penyab Ceilán y Java. —Cosmas Indicloupeustes y la topografía cristiana del universo. —Arculfo describo a Jerusalén, el valle de Josafat, el Monte de los Olivos, Belén, Jericó, el Jordán, el Líbano, el Mar Muerto, Cafarnaum, Nazaret, el Monte Tabor, Damasco, Tiro, Alejandría, Constantinopla. —Willibald y los Santos Lugares. —Solimán recorre el mar de Omán, Ceilán, Sumatra, el golfo de Siam y el mar de la China.**

Durante los primeros siglos de la era cristiana, el movimiento geográfico fue muy notable desde el punto de vista puramente científico, pero los viajeros propiamente dichos, es decir, los exploradores y los descubridores de países nuevos, fueron ciertamente muy contados.

Plinio, en el año 23 de nuestra era, consagró los libros 3.º, 4.º, 5.º y 6.º de su *Historia Natural* a la geografía. En el año 50, Hippalus, hábil

navegante, encontraba la ley de los monzones del Océano Indico y enseñó a los navegantes a entrar en alta mar, para efectuar, favorecidos por estos vientos constantes, su viaje de ida y vuelta a las Indias en el intervalo de un solo año.

Arriano, un historiador griego, nacido en el año 105, compuso su *Periplo del Ponto-Euxino*, y procuró fijar con gran precisión las comarcas que se habían descubierto en las exploraciones precedentes. Por último el egipcio Claudio Ptolomeo, hacia el año 175, coordinando los trabajos de sus antecesores, publicó una geografía célebre, a pesar de sus graves errores, en la cual se establece por primera vez sobre una base matemática la situación de las poblaciones, su longitud y latitud.

El primer viajero de la era cristiana, cuyo nombre haya sobrevivido, es Pausanias, escritor griego que habitó en Roma en el segundo siglo, y del que se conserva una relación que compuso hacia el año 175. Este Pausanias precedió a nuestro contemporáneo Joanne, en la redacción de las *Guías del viajero*, efectuando, respecto de la Grecia antigua, lo que el ingenioso y laborioso francés, relativamente a las diversas comarcas de Europa. Su reseña es un manual exacto, escrito con sobriedad, preciso en sus pormenores, y en el cual los viajeros del segundo siglo podían recorrer con fruto las diversas provincias de Grecia.

Pausanias describe minuciosamente Arica, y con especialidad Atenas y sus monumentos, sus sepulcros, sus arcos, sus templos, su ciudadela, su areópago, su academia y sus columnas. Del Ática pasa a la Corintia, y explora las islas de Egina y de Eacea. Después de la Corintia, estudia con cuidado la Laconia y Esparta, la isla de Citeres, la Mesenia, la Elida, la Acaya, la Arcadia, la Beocia y la Fócida. En esta narración se mencionan los caminos de las provincias, y las calles de las ciudades, sin olvidar el aspecto general de las diversas comarcas de Grecia. Pero, no obstante, Pausanias no añadió ningún descubrimiento nuevo a los que habían mencionado sus predecesores. Pausanias fue un viajero que se limitó a explorar con exactitud la Grecia, pero no un descubridor. Sin embargo, su relato ha sido aprovechado por todos los geógrafos y comentadores que han tratado de la Hélade y del Peloponeso, habiendo podido llamarle con razón un sabio del siglo XVI, «un tesoro de la más antigua y rara erudición».

Cerca de ciento treinta años después del historiador griego, un viajero chino, un monje, emprendió, a fines del siglo IV, una exploración de los países situados al Occidente de la China. Se ha conservado hasta el día la relación de su viaje, y es preciso asociarse al parecer de Charton, que considera este relato, «como un monumento tanto más precioso, cuanto que nos aparta de nuestro punto de vista exclusivo de la civilización oriental».

Fa-Hian, acompañado de varios monjes, queriendo salir de la China por la parte de Occidente, atravesó algunas cordilleras, y llegó al país que forma en el día el Kan-tcheu, situado no lejos de la gran muralla. Allí se le agregaron algunos samaneos. Cruzaron el río Cha-ho y un desierto que Marco Polo debía explorar ochocientos años después, y pudieron llegar, al cabo de diecisiete días de marcha, al lago del Lobo, que se encuentra en el Turkeistán chino actual. Todos los reinos que visitaron posteriormente estos religiosos, se parecían en sus usos y costumbres; sólo se diferenciaban en lengua.

Poco satisfechos de la acogida que les dispensaron en la comarca de los uigueros, cuyos habitantes no tienen nada de hospitalarios, se aventuraron hacia el Sudeste, en un país desierto, cuyos ríos vadearon con suma dificultad. Después de treinta y cinco días de marcha, la pequeña caravana llegó al reino de Khotan, en Tartaria, que contaba «muchas veces diez mil religiosos». Fa-Hian y sus compañeros fueron recibidos en monasterios especiales, y después de una detención de tres meses, pudieron asistir a la *procesión de las imágenes*, gran fiesta común a los budistas y brahmanes, en la cual pasean a las imágenes de los dioses en un carro magníficamente adornado, por las calles sembradas de flores, y entre nubes de perfumes.

Terminada la fiesta, los religiosos salieron de Khotan y se dirigieron al reino que forma en el día el cantón de Kuke-yar. Después de un descanso de quince días, vuelve a encontrárseles más hacia el Sur, en un país que forma el Balistam moderno, país frío y montañoso donde no madura otro grano que el trigo. Allí, los religiosos hicieron uso de sus cilindros, en que están arrolladas las oraciones, los cuales hacen girar los fieles con suma rapidez. Desde este reino pasó Fa-Hian a la parte oriental del Afganistán, y no necesitó menos de un mes para atravesar unas montañas cubiertas de nieves perpetuas, y en las cuales afirma que existen dragones venenosos.

Al otro lado de esta cordillera, los viajeros se encontraron en la India del Norte, en el país que riegan las primeras aguas que forman el Sin o el Indo. Luego, después de haber atravesado los reinos de U-tchang, Su-ho-to, y Kian-tho-wei, llegaron a Fo-lu-cha, que debe ser la ciudad de Peichaver, situada entre el Kabul y el Indo; y veinticuatro leguas más al Oeste, a la ciudad de Hilo, construida en la orilla de un afluente del río Kabul. En todas estas ciudades, Fa-Hian hablaba especialmente de las fiestas y costumbres relativas al culto de Foe, que no es otro que Budha.



Los religiosos, al dejar a Hilo, tuvieron que atravesar los montes Hindus-Kusch, que se elevan entre Tokharestan y el Gandara. Allí, era tan intenso el frío, que uno de los compañeros de Fa-Hian cayó para no volver a levantarse. Después de mil fatigas, la caravana pudo llegar a la ciudad de Banú, que todavía existe; y volviendo a pasar el Indo por la parte media de



su curso, entró en el Penyab. Desde allí, bajando hasta el Sudoeste, con intención de atravesar la parte septentrional de la península índica, llegó a Mahtura, ciudad de la provincia actual de Agrá, y atravesando el gran desierto salado que se halla al este del Indo, recorrió un país que Fa-Hian llama «el reino central, cuyos habitantes buenos y piadosos, sin magistrados ni leyes, ni suplicios, sin alimentarse de ser alguno viviente, sin carnicerías ni tabernas, viven felices en la abundancia y la alegría, bajo un clima en que el frío y el calor se templan mutuamente». Este reino es la India.

Descendiendo hacia el Sudeste, Fa-Hian visitó el distrito actual de Ferukh-abad, en el que, según la leyenda, puso el pie Budha al descender del cielo por una triple escalera de preciosos peldaños. El religioso viajero se extiende largamente acerca de las creencias del budismo.

Desde allí partió a visitar la ciudad de Kanudja, situada en la orilla derecha del Ganges, al cual da el nombre de Heng. Ésta es la tierra de Budha por excelencia. Dondequiera que se sentó el dios, han levantado sus fieles altas torres, y los piadosos peregrinos no dejan de acudir al templo de Tchiuan, donde Foe se entregó durante veinticuatro años a mortificaciones voluntarias.

Contemplando el lugar sagrado donde Foe devolvió la vista a quinientos ciegos, «los religiosos sintieron un vivo dolor en el corazón».

Reanudando su camino, visitaron a Kapila, a Gorakhpur, en la frontera del Nepol, a Kin-i-na-kie, parajes célebres por los milagros de Foe, y llegaron al delta del Ganges, a la célebre ciudad de Palian-fu, en el reino de Magadha, país muy rico, habitado por gente compasiva y justa, que gustaba de discusiones filosóficas. Después de haber subido el pico del Buitre, que se eleva sobre el nacimiento de los ríos Dahder y Banurha, Fa-Hian siguió la corriente del Ganges, visitó el templo de Isis-Patenea muy frecuentado en otro tiempo por los magos *voladores*, llegó a Benarés en el «reino resplandeciente», y más allá todavía, a la ciudad de To-mo-liti, situada en la embocadura del río, a poca distancia del sitio que ocupa actualmente Calcuta.

Como a la sazón una caravana de mercaderes se disponía a hacerse a la mar, con la intención de ir a la isla de Ceylán, Fa-Hian se embarcó con ellos, y al cabo de catorce días de navegación, desembarcó en las riberas de

la antigua Taprobana, sobre la cual el mercader griego Jambólo había dado algunos siglos antes pormenores muy curiosos. El religioso chino volvió a encontrar en este reino todas las tradiciones legendarias que se refieren al dios Foe, y permaneció dos años ocupándose en investigaciones bibliográficas. Dejó a Ceylán para marchar a Java, a donde llegó después de una malísima travesía, durante la cual cuando se obscurecía el cielo, «no se veían más que grandes olas que chocaban entre sí, relámpagos de color de fuego, tortugas, cocodrilos, monstruos marinos y otros prodigios».

Después de cinco años de permanencia en Java, Fa-Hian se embarcó para Cantón; pero los vientos le contrariaron todavía, y después de haber soportado mil fatigas, tuvo que desembarcar en el actual Chan-tung; y después de haber permanecido algún tiempo en Nan-king, volvió a entrar en Sian-tu, su ciudad natal, después de dieciocho años de ausencia.

Tal es la relación de este viaje, del cual ha hecho Abel Nemusat una excelente versión francesa, y que suministra pormenores muy interesantes sobre las costumbres de los tártaros y de los indios, particularmente en lo relativo a sus ceremonias religiosas.

Al monje chino, sucede, siguiendo el orden cronológico, en el siglo VI, un viajero egipcio llamado Cosmas Indicopleustes, nombre que Charon traduce de este modo: «Viajero cosmográfico en la India». Era éste un mercader de Alejandría, que después de haber visitado la Etiopía y parte del Asia, se hizo monje a su regreso.

Su narración lleva el título de *Topografía cristiana del universo*. No se halla, en ella detalle alguno sobre los viajes de su autor, pero el principio de la obra se compone de discusiones cosmográficas para probar que la tierra es cuadrada, y que está encerrada con los demás astros en un gran cofre oblongo; siguen después varias disertaciones sobre las funciones de los ángeles, y una descripción del traje de los sacerdotes hebreos. Cosmas describe también la historia natural de los animales de la India y de Ceylán y cita el rinoceronte, el toro-ciervo, que puede utilizarse para los usos domésticos, la jirafa, el toro salvaje, la cabra almizclada, cuya caza tiene por objeto recoger «su sangre perfumada», el unicornio, al que no considera como un animal quimérico, el jabalí, al que llama puerco-ciervo, el hipopótamo, la foca, el delfín y la tortuga. Después de los animales.

Cosmas describe el pimiento, arbusto tan quebradizo y delicado como los sarmientos más delgados de la vid, y el cocotero, cuyo fruto tiene un sabor dulce como el de las nueces verdes.

Desde los primeros tiempos de la era cristiana, se apresuraban los fieles a visitar los Santos Lugares, cuna de la nueva religión. Estas peregrinaciones llegaron a ser cada día más frecuentes, y la historia ha conservado los nombres de los principales personajes que acudían a Palestina durante las primeras edades del cristianismo.

Uno de estos peregrinos, el obispo francés Arculfo, que vivía a fines del siglo VII, nos ha dejado la narración circunstanciada de su viaje.

Principiaba por exponer la situación topográfica de Jerusalén, y describe la muralla que rodea la ciudad santa. Visita luego la iglesia en forma de rotonda, construida sobre el Santo Sepulcro la tumba de Jesucristo y la piedra que la cierra, la iglesia de Santa María, la construida en el Calvario y la basílica de Constantino, edificada en el sitio donde se encontró la Vera Cruz.

Estas diferentes iglesias se hallaban agrupadas en un edificio único que encierra también el sepulcro de Cristo y el Calvario en cuya cumbre fue crucificado.

Arculfo baja en seguida al valle de Josafat, situado al este de la ciudad donde se elevan la iglesia que encierra el sepulcro de la Virgen y la tumba de Absalón, que él llama torre de Josafat.

Después sube al monte de los Olivos, situado frente a la ciudad, más allá del valle, y reza en la gruta en donde oró Jesús. Se dirige entonces al monte Sión, situado fuera de la ciudad, hacia el Sur; contempla al pasar la higuera gigantesca en la cual, según la tradición se ahorcó Judas Iscariote, y por último, visita la iglesia del Cenáculo, actualmente destruida.

Dando vuelta a la ciudad por el valle de Siloé, y volviendo a subir el torrente Cedrón, retorna el obispo al Monte de los Olivos, cubierto de ricas mieses de trigo y cebada, de hierbas y de flores, y describe desde la cumbre de la Montaña Santa el sitio en que Jesucristo se elevó a los cielos. Allí han levantado los fieles una gran iglesia circular, con tres pórticos abovedados, la cual no tiene techo ni bóveda, quedando a cielo raso. «No se ha cubierto el interior de la Iglesia —dice la relación del obispo— a fin de que este

lugar, donde se fijaron por última vez las divinas plantas, cuando el Señor se elevó al cielo sobre una nube, sea un camino siempre abierto hasta el cielo, a donde conduzcan las oraciones de los fieles». Cuando se construyó esta iglesia de que hablamos, no se pudo embaldosar como el resto del edificio el sitio donde descansaron los pies del Señor, pues a medida que se iban aplicando las losas de mármol, la tierra, como si rehusara soportar cosa alguna humana las arrojaba a la cara de los obreros. Además, todavía conserva el polvo, como enseñanza eterna, la huella de los pasos divinos, y aunque diariamente la fe de los que visitan estos lugares recoge este polvo, y con él la huella, vuelve ésta a aparecer sin cesar, y la tierra la conserva eternamente.

Después de haber explorado el campo de Bethania, en medio del gran bosque de los Olivos donde se halla el sepulcro de Lázaro, y la iglesia situada a la derecha, en el sitio mismo donde Cristo acostumbraba reunirse con sus discípulos, Arculfo fue a Belén, pueblo que se halla situado a dos horas de la ciudad santa, al sur del valle de Zefrahim. Describe el lugar del nacimiento del Señor, que no es más que una semigruta natural abierta al extremo del ángulo oriental del pueblo, encima de la cual se halla la iglesia construida por Santa Elena; después describe los sepulcros de los tres pastores que al nacer el Señor fueron circundados de una claridad celestial; el sepulcro de Raquel, las tumbas de los cuatro patriarcas Abraham, Isaac, Jacob y Adán, el primer hombre. En seguida fue a ver la montaña y la encina Mambré, a cuya sombra dio Abraham en otro tiempo hospitalidad a los ángeles.

Después visitó Arculfo a Jericó, o más bien el sitio que ocupaba esta ciudad, cuyas murallas se desplomaron al sonido de las trompetas de Josué. Exploró el lugar en que los hijos de Israel, después de haber pasado el Jordán, hicieron su primer descanso en la tierra de Canaán; contempló en la iglesia de Gálgala las doce piedras que los israelitas sacaron, por orden del Señor, del torrente sin agua y seco. Siguió las riberas del Jordán, y reconoció a la derecha, en un remanso del río, y a una hora de camino del Mar Muerto, en medio de un sitio pintoresco plantado de magníficos árboles, el lugar donde el Señor fue bautizado por San Juan, en cuyo sitio

mismo se ha colocado una cruz que cubren por completo las aguas blancuzcas del río cuando están crecidas.

Después de haber recorrido las riberas del Mar Muerto cuyas aguas salobres gustó; después de haber buscado en Fenicia la falda del Líbano, donde se hallaban las fuentes del Jordán; después de haber explorado la mayor parte del lago Tiberíades, y visitado el pozo de Samaria, donde dio de beber a Jesucristo la Samaritana, la fuente del desierto donde bebía San Juan Bautista, la vasta llanura de Gazán, «ya nunca más cultivada», en la que multiplicó Jesús cinco panes y dos peces, Arculfo bajó después hacia Cafarnaum, cuyos restos no existen ya, se trasladó a Nazaret, donde pasó su infancia Jesucristo, y a Galilea, terminando en el monte Tabor su viaje propiamente dicho a los Santos Lugares.

La relación del obispo contiene también pormenores geográficos e históricos sobre otras ciudades que visitó, tales como la ciudad real de Damasco, que cruzan cuatro grandes ríos «para su recreo». Tiro, metrópoli de la provincia de Fenicia, que estando separada en otro tiempo del continente, fue unida a él por los muelles que mandó construir Nabucodonosor; Alejandría, en otro tiempo capital de Egipto, a donde llegó el viajero cuarenta días después de haber salido de Jaffa, y por último Constantinopla, en donde visitó con frecuencia la vasta iglesia en que se conserva el «madero sagrado de la cruz donde el Salvador murió crucificado por la salvación del género humano».

Finalmente, la relación de este viaje, que fue dictada por el obispo al abad de San Columbano, termina recomendando a los lectores que imploren la clemencia divina a favor del santo prelado Arculfo, y que rueguen también a Jesucristo, juez de todos los siglos, por el pobre pecador que sirvió de amanuense.

Algunos años después que el obispo francés, emprendió el mismo viaje un peregrino inglés con un objeto piadoso, y lo cual realizó casi con las mismas condiciones.

Este peregrino se llamaba Willibald, y pertenecía a una rica familia que, según todas las probabilidades, habitaba el condado de Southampton. A consecuencia de una larga enfermedad, sus padres le consagraron a Dios, y pasó su juventud en ejercicios piadosos en el monasterio de Waltheim. No

bien llegó a la adolescencia, Willibald resolvió ir a Roma, con el objeto de rezar a Dios en la iglesia consagrada al apóstol San Pedro, y sus vivas instancias determinaron a su padre Ricardo, a su hermano Wimebaldo y a su joven hermana Walpurga a acompañarle.

La piadosa familia se embarcó en Hamble-Haven, en la primavera del año 721, y remontando el Sena, fue a desembarcar cerca de la ciudad de Ruán. Willibald da pocos pormenores sobre su viaje hasta Roma. Después de pasar por Cortona, ciudad de la Liguria, y por Lucca, en Toscana, donde Ricardo sucumbió de resultas de las fatigas del viaje, el 7 de febrero de 722, después de haber pasado los Apeninos durante el invierno, los dos hermanos y la hermana entraron en Roma, donde pasaron el resto del invierno habiendo sufrido violentas fiebres.

No bien recobró la salud Willibald, formó el proyecto de proseguir su peregrinación hasta los Santos Lugares. Envió, pues, a sus hermanos a Inglaterra, y partió en compañía de algunos religiosos. Fueron a Nápoles por Terracina y Gaeta, donde se hicieron a la vela para Reggio en Calabria, y para Catania y Siracusa, en Sicilia; luego, tomando definitivamente la vía del mar, después de haber tocado en Cos y en Samos, desembarcaron en Efeso, en el Asia Menor, donde se encuentran los sepulcros de San Juan Evangelista, de María Magdalena y de los Siete Durmientes, que son siete cristianos martirizados en el reinado del emperador Decio.

Después de haber permanecido algún tiempo en Strobolo, Patara, y por último en Mitilene, capital de la isla de Lesbos, se trasladaron los peregrinos a Chipre, visitaron igualmente a Pafos y Constanza, y por fin se les encuentra, en número de siete, en la ciudad fenicia de Edissa, donde existe el sepulcro del apóstol Santo Tomás.

Al llegar a este punto, Willibald y sus compañeros fueron tomados por espías y hechos prisioneros por los sarracenos; pero el rey, por recomendación de un español, les hizo poner en libertad. Los peregrinos salieron inmediatamente de la ciudad, y desde aquel momento su itinerario es casi igual al del obispo Arculfo. Visitaron a Damasco, en Siria; a Nazaret, en Galilea; Cana, donde se puede ver una de las ánforas milagrosas; el monte Tabor, en que se efectuó el milagro de la Transfiguración; Tiberíades, situada en el mismo punto donde el Señor y

Pedro anduvieron sobre las olas; Magdala, donde vivían Lázaro y sus hermanas; Cafarnaum, donde resucitó Jesús a la hija del príncipe; Betsaida de Galilea, patria de Pedro y de Andrés; Corosain, donde curó el Señor a los endemoniados; Cesárea, donde le fue entregada a Pedro la llave del cielo; el lugar donde fue bautizado Nuestro Señor Jesucristo; Gálgala, Jericó y Jerusalén.

La Ciudad Santa, el valle de Josafat, el monte de los Olivos, Belén, Thema, donde Herodes hizo degollar a los inocentes, el valle de Laura y Gaza, fueron visitados por los piadosos peregrinos. En esta ciudad, mientras se celebraban los divinos oficios en la iglesia de San Matías, refiere Willibald que perdió de improviso la vista, la cual no volvió a recobrar hasta que llegó a Jerusalén, dos meses después, al entrar en la iglesia de Santa Cruz. En seguida recorrió el valle de Diospolis, a diez millas de Jerusalén; de allí pasó a las orillas del mar Sirio, visitando a Tiro, Sidón y Trípoli, de Siria; y por el Líbano, Damasco y Cesárea, fue Willibald a Emaús, pueblo de la Palestina, donde brota la fuente en que Jesucristo se lavó los pies, y finalmente a Jerusalén, en donde los viajeros permanecieron durante toda la estación de invierno.

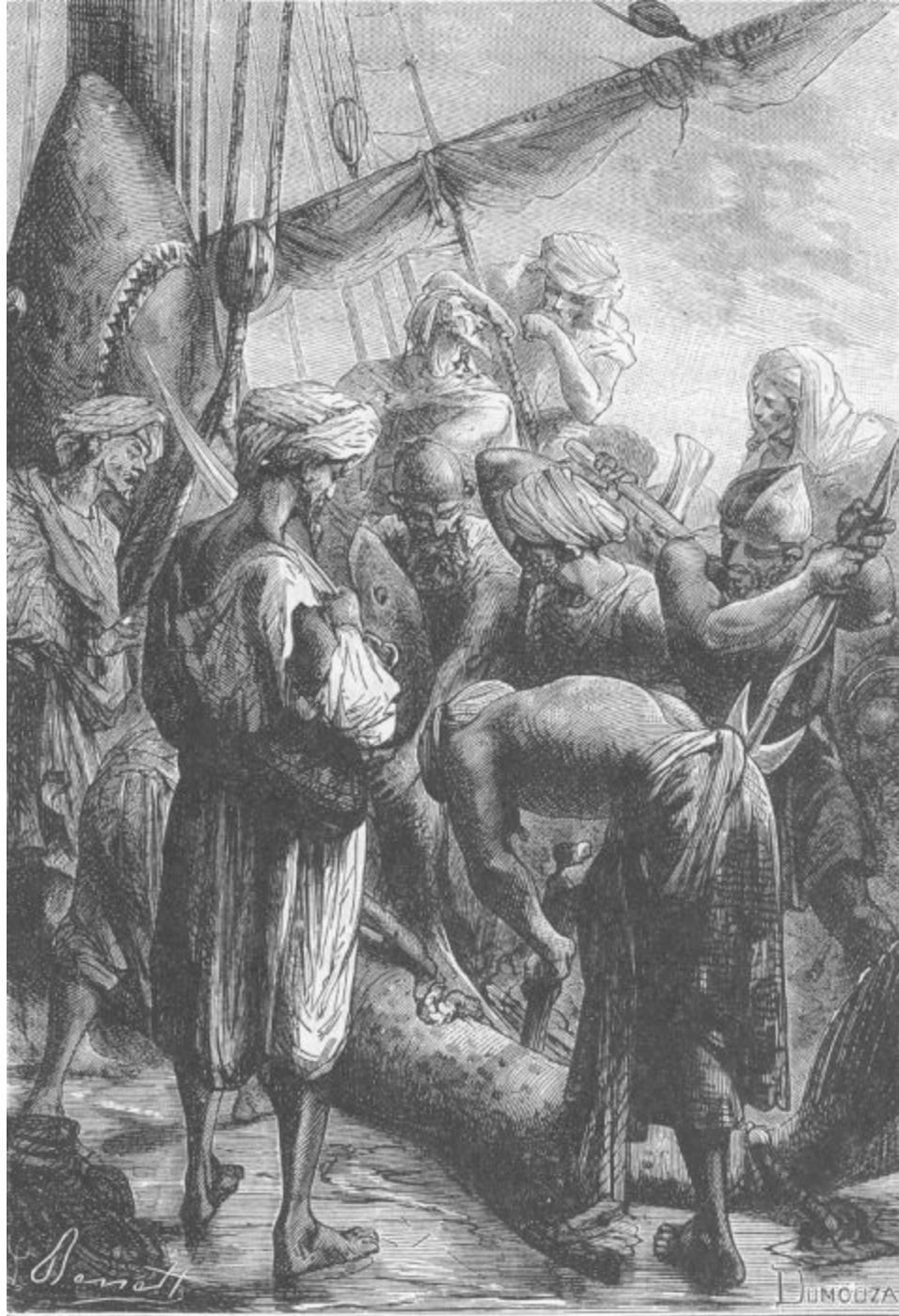
Los infatigables peregrinos no limitaron a esto su exploración. Vuelve a encontrárseles sucesivamente en Ptolemaida, llamada actualmente San Juan de Acre, en Emessa, en Jerusalén, en Damasco, en Samaria, donde están los sepulcros de San Juan Bautista, de Abdias, y de Eliseo; en Tiro, donde, preciso es confesarlo, el piadoso Willibald defraudó a la aduana pasando de matute el bálsamo de Palestina, muy apreciado entonces, y que debía pagar ciertos derechos. En Tiro, después de una larga permanencia, pudo embarcarse para Constantinopla, donde él y sus compañeros vivieron dos años, y finalmente regresaron todos por Sicilia, Calabria, Nápoles y Capua. El peregrino inglés llegó al monasterio de Monte Casino, al cabo de diez años de ausencia. Sin embargo, aún no había llegado para él la hora del reposo. El pontífice Gregorio II le confió un obispado creado nuevamente en Francia; a la sazón tenía cuarenta y un años, y ocupó no obstante esta silla episcopal por espacio de cuarenta y cinco años, pues falleció en el 745. En el año 938 fue canonizado Willibald por el papa León VII.

Terminaremos la lista de los viajeros en los nueve primeros siglos de la Iglesia, citando a un tal Solimán, mercader de Basora, que habiendo partido del golfo Pérsico, llegó a los confines del Asia y desembarcó en las costas chinas. Esta narración contiene dos partes distintas: la una, redactada en el año 851 por el mismo Solimán, que fue quien realmente hizo este viaje; la otra escrita en 878 por un geógrafo llamado Abu-Zeid-Hassán, con el objeto de completar la primera.

Según la opinión del orientalista Reinaud, esta narración suministra nueva luz sobre las relaciones comerciales que existían en el siglo IX entre las costas de Egipto, de la Arabia y de los países ribereños del golfo Pérsico, por una parte, y por otra de las vastas provincias de la India y de la China.

Solimán salió del golfo Pérsico, se surtió de agua dulce en Mascara y visitó primeramente el segundo mar, es decir, el mar Larevy de los árabes, o mar de Omán, según la geografía moderna.





Vio un pez en una masa enorme, probablemente un cachalote, a quien los prudentes navegantes procuraron espantar tocando la campana; después un tiburón, en cuyo vientre se encontró otro más pequeño, que también encerraba otro menor todavía, «ambos vivos», dice el viajero, con manifiesta exageración. Después de haber descrito la rémora, el dactilóptero

y la marsopa, recorre el mar de Herkend, comprendido entre las Maldivas y las islas de la Sonda, en donde contó por lo menos mil novecientas islas, «cuyas riberas estaban llenas de grandes trozos de ámbar gris».

Entre estas islas, gobernadas por una mujer, cita principalmente con su nombre árabe a Cylán y su pesquería de perlas; a Sumatra, rica en minas de oro, y habitada en parte por antropófagos; las de Nicobar y las de Andaman, cuyas tribus se componen aún hoy día de caníbales. «El mar de Herkend — dice — se levanta a veces en trombas furiosas que destrozan las naves y arrojan a la costa una inmensa cantidad de peces muertos, y aun peñascos y trozos de montaña. Cuando se encrespan las olas de este mar, presenta el agua el aspecto de fuego. Solimán la cree frecuentada por una especie de monstruos que devoran a los hombres, y en el cual han creído reconocer los comentadores al voraz pez llamado perro de mar, del género escualo».

No bien llegó a Nicobar, Solimán, después de haber cambiado con sus habitantes hierro por cocos, cañas de azúcar, bananas y vino de coco, atravesó el mar de Kalah-Bar, que baña la costa de Malaca; luego, al cabo de diez días de navegación por el mar Schelaheth, se dirigió para proveerse de agua hacia un lugar que podía ser Singapur; después volvió a subir al Norte por la mar de Kedrenj, que debe ser el golfo de Siam, para llegar a la vista de Pulo-Oby, situado al sur de la punta de Camboya.

Entonces se abrió ante los navíos del mercader de Basora el mar de Senf, extensión de agua comprendida entre las Molucas y la Indochina. Solimán fue a avituallarse a la isla de Sander-Foulat situada hacia el cabo Varela, y de allí se lanzó a la mar de Sandjy o de China, y un mes después entró en Khan-fu, puerto chino de la actual ciudad de Tche-kiang, donde tenían costumbre de atracar las embarcaciones en aquella época.

El resto de la relación de Solimán, completada por Abu-Zeid-Hassán, sólo contiene noticias minuciosas sobre las costumbres de los indios, de los chinos y de los habitantes del Zendj, comarca situada en la costa oriental de África, pero no es ya el viajero quien habla, y los detalles que da volvemos a encontrarlos más interesantes y más exactos en las relaciones de sus sucesores.

Para resumir los trabajos de los exploradores que recorrieron la tierra dieciseis siglos antes de la era cristiana y nueve siglos después, debemos

decir que desde Noruega hasta los confines del imperio chino, pasando por el Atlántico, el Mediterráneo, el mar Rojo, el Océano Indico y el mar de la China, esta inmensa extensión de costas fue en gran parte conocida y visitada por los antiguos. Habíanse intentado atrevidas exploraciones tierra adentro en Egipto hasta la Etiopía, en Asia Menor hasta el Cáucaso, en la India y la China hasta la Tartaria, y si bien faltaba todavía la exactitud matemática para determinar los diversos puntos descubiertos por los viajeros, por lo menos los usos, las costumbres de los habitantes, las producciones de los diversos países, los modos de efectuar los cambios, y las costumbres religiosas eran suficientemente conocidos; las naves aprovechándose de los vientos, podían arriesgarse con más confianza por los mares, las caravanas sabían dirigirse con más seguridad al interior del continente, y gracias a este conjunto de conocimientos, difundidos por los escritos de los sabios, el comercio tomó un impulso considerable en el último período de la Edad Media.



### III

## VIAJEROS CÉLEBRES DE LOS SIGLOS X AL XIII

**BENJAMÍN DE TUDELA, (1159-1173). —PLAN DE  
CARPIN, (1245-1247). RUBRUQUIS (1253-1254).**

**Los escandinavos en el Norte, la Irlanda y la Groenlandia. — Benjamín de Tudela, visita Marsella, Roma, la Valaquia, Constantinopla, el Archipiélago, la Palestina, Jerusalén, Belén, Damasco, Balbek, Nínive, Bagdad, Babilonia, Basora, Ispahan, Schiraz, Samarcanda, el Tibet, Malabar, Ceylán, el mar Rojo, el Egipto, Sicilia, Italia, Alemania y Francia. —Plan de Carpin explora el país de Coman y del Khangita, el Turkestán moderno. —Usos y costumbres de los tártaros. —Rubruquis y el mar de Azof. —El Volga, el país de los Baskhires, Caracorum, Astrakán, Derbend.**

Durante el siglo X y principios del XI se inició un movimiento geográfico bastante considerable en el Norte de Europa. Audaces noruegos y galos se aventuraron en los mares septentrionales, y si ha de darse crédito a algunas relaciones más o menos auténticas, llegaron hasta el mar Blanco y visitaron las comarcas que hoy día poseen los samoyedos. Algunos documentos llegan a suponer que el príncipe Madoc exploró el continente americano.

No obstante, puede afirmarse que Irlanda fue descubierta hacia el año 861 por unos aventureros escandinavos y que no tardaron los normandos en

colonizarla.

Por esta época un noruego se refugió en una tierra nueva situada en el extremo Oeste de Europa, y maravillado de su verde aspecto le dio el nombre de tierra verde o Groenlandia. Pero las comunicaciones con esta porción del continente americano eran muy difíciles, tanto que, según el geógrafo Cooley, «una nave empleaba cinco años para ir y volver de Noruega a Groenlandia». Algunas veces, durante los inviernos rigurosos, se helaba el Océano septentrional en toda su extensión, y un tal Hollur-Geit pudo ir a pie conducido por una cabra, desde Noruega a Groenlandia. Pero no olvidemos que hablamos de tiempos legendarios y que en aquellas regiones hiperbóreas abundan las tradiciones maravillosas.

Volvamos, pues, a los hechos reales, demostrados, incontrovertibles, y relatemos el viaje de un judío español, cuya veracidad está confirmada por sabios comentadores.

Este judío era hijo de un rabino de Tudela, ciudad del antiguo reino de Navarra, llamado Benjamín de Tudela. Es de creer que el objeto de su viaje era conocer el número de sus correligionarios esparcidos por la superficie de la tierra; pero cualquiera que fuese su objeto, lo cierto es que exploró en catorce años, desde 1160 al 1173, casi todo el mundo conocido, siendo su relato un documento detallado y hasta minucioso que gozó de gran autoridad en el siglo XVI.

Benjamín de Tudela salió de Barcelona, y por Gerona, Narbona, Beziers, Montpellier, Lunel, Pousquiers, Saint-Gillés y Arles, llegó a Marsella. Después de visitar dos sinagogas y a los judíos notables de esta ciudad, se embarcó para Genova, adonde arribó cuatro días después. Los genoveses eran a la sazón dueños del mar y hacían la guerra a los pisanos, hombres valerosos, que, lo mismo que aquéllos, dice el viajero, «no tienen reyes ni príncipes, sino únicamente jueces que designan según su voluntad».

Después visitó a Luca y en seis días llegó a la gran Roma. Era Papa a la sazón Alejandro III, y según refiere Benjamín de Tudela, contaba algunos judíos entre sus ministros. Entre los monumentos de la eterna ciudad, cita especialmente San Pedro y San Juan de Letrán, pero sus descripciones adolecen de cierta aridez. Desde Roma fue a Capua, y Pozzuoli, y a

Nápoles donde no vio otra cosa sino los quinientos judíos que habitaban esta ciudad. De aquí pasó a Salerno, Amalfi, Benevento, Ascoli, Trani, San Nicolás de Bari, Tarento y Bríndisi, llegando al golfo de Otranto después de haber atravesado la Italia sin recoger nada interesante en una comarca tan curiosa.

Por pesada que sea la nomenclatura de los pueblos visitados o citados por Benjamín de Tudela, no debemos omitir uno solo, porque es muy preciso el itinerario del viajero judío, y hasta útil el seguirlo sobre el mapa que Lelewel trazó expresamente para él. Desde Otranto a Zeitún, en Valaquia, sus etapas fueron Corfú, el golfo de Arta, Aquelous, antigua ciudad de Etolia, Anatolia, en Grecia; en el golfo de Patrás, Patrás, Leparrto, Crisa, construida al pie de Parnaso, Corinto, Tebas, cuyos dos mil judíos son los mejores obreros de Grecia en el arte de fabricar la seda y la púrpura; y después Negroponto y Zeitún.

Allí empieza la Valaquia, según el viajero español. Los valacos corren como cabras y bajan las montañas para entregarse al pillaje en el territorio de los griegos. Desde aquel punto, pasó por Gardicki, pequeña aldea del golfo de Volo; por Armiros, puerto frecuentado por los venecianos, los genoveses y los pisanos; por Bissina, ciudad actualmente destruida; por Salónica, la antigua Tesalónica; y por Dimitritzi, Darma, Christopolo y Abidos, llegó a Constantinopla.

El viajero da algunos detalles de esta gran capital de todo el país griego, donde reinaba a la sazón el emperador Manuel Comneno, que habitaba un palacio construido a orillas del mar. Allí se elevaban columnas de plata y oro puros y «un trono de oro y de piedras preciosas sobre el cual pende una corona de oro sostenida por una cadena del mismo metal, la cual cae precisamente en la cabeza del rey, cuando éste se sienta. Tiene esta corona piedras de tan alto precio, que nadie puede estimarlas, y son tan brillantes, que por la noche no hay necesidad de luz porque se ve perfectamente a favor del brillo que despiden las piedras». Añade el viajero que la ciudad está muy poblada, que a ella acuden mercaderes de todas partes, y que desde este punto de vista, sólo puede compararse con Bagdad. Sus habitantes visten trajes de seda cubiertos de bordados, y parecen hijos de los

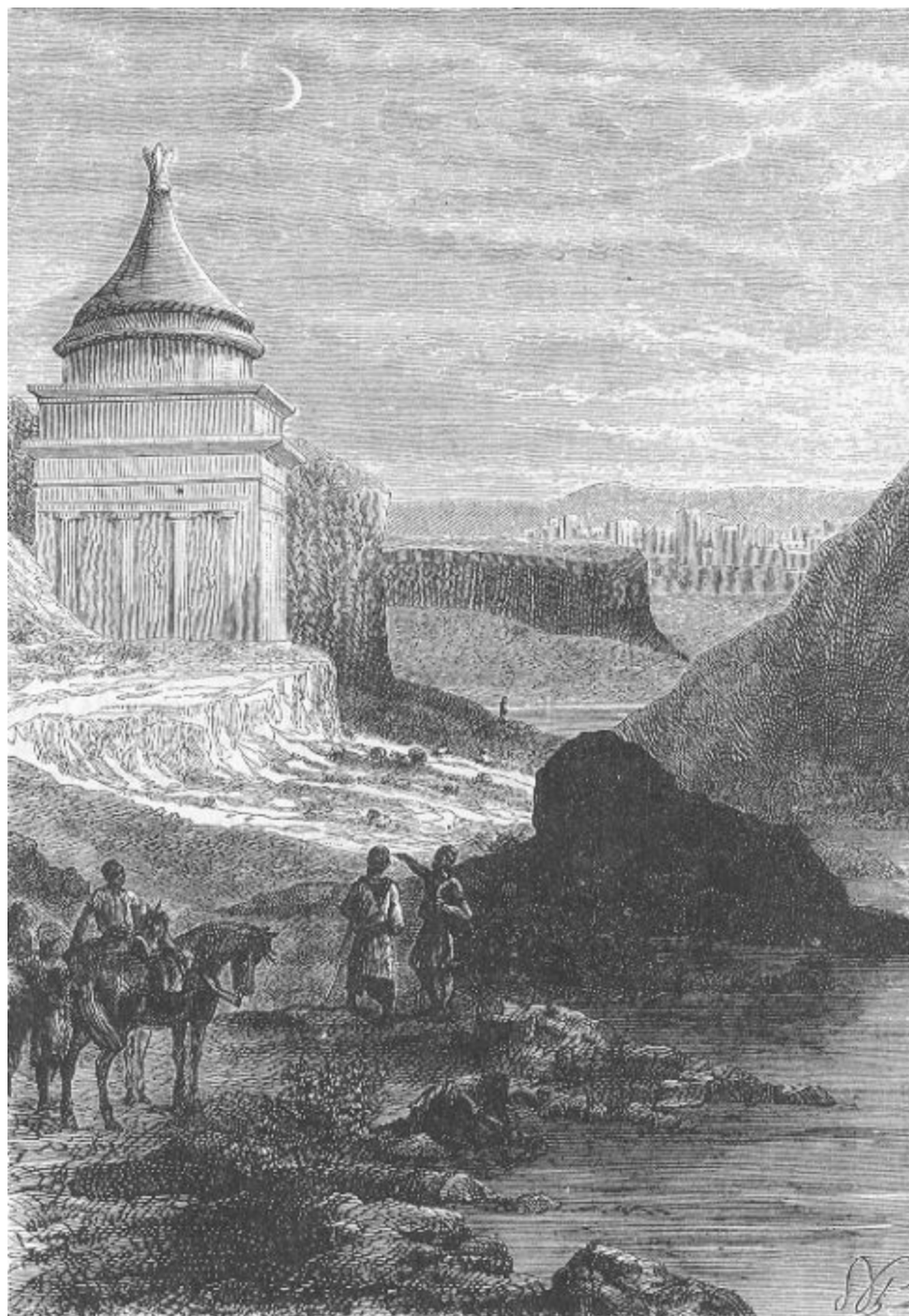
reyes; pero no tienen corazón ni valor para la guerra y mantienen a sueldo mercenarios de todos los países para que se batan por ellos.

Benjamín de Tudela se lamenta de que no haya judíos en la ciudad, porque están relegados más allá de la torre de Galata, cerca de la entrada del puerto. Allí se contaban cerca de dos mil quinientos de dos sectas, los rabinitas y los caraítas, entre los cuales hay muchos obreros en seda y algunos ricos mercaderes, y todos ellos son sumamente odiados por los griegos, que los tratan con dureza. Ninguno de aquellos opulentos judíos tiene el derecho de montar a caballo, excepto uno tan sólo, el egipcio Salomón, el médico del rey. En cuanto a los monumentos de Constantinopla, cita Benjamín el templo de Santa Sofía, que posee, tantos altares como días tiene el año, e innumerables columnas y candelabros de oro y plata; cita después el hipódromo, convertido hoy en mercado de caballos, en el cual, para divertir al pueblo, se hacían luchar «leones, osos, tigres, ocas salvajes y hasta pájaros».

Cuando salió de Constantinopla, Benjamín de Tudela visitó la antigua Bizancio, Gallípoli y Kilia, puerto de la costa oriental; y después se embarcó para recorrer las islas del archipiélago, Mitilene, Chio, que hace el comercio del jugo del alfóncigo; Samos, Rodas y Chipre. Más tarde se hizo a la vela hacia la tierra de Aram, pasó por Messís, por Antioquía, donde admiró la distribución de las aguas y por Lataquia, para llegar a Trípoli, que acababa de sufrir un temblor de tierra que se dejó sentir en todo el país de Israel. Desde Trípoli pasó a Beirut, a Sidón, a Tiro, célebre por su púrpura y por sus fábricas de vidrio; a Acre, a Khaifa, cerca del monte Carmelo, donde se encuentra la gruta de Elías; a Cafarnaum, a Cesárea, ciudad magnífica; a Kakon, a Samaría, edificada en medio de una campiña cruzada de arroyuelos y rica en jardines, vergeles, viñedos y olivares; a Naplusa, a Gabaón, y llegó a Jerusalén.

En la ciudad santa no podía ver el judío español nada de lo que un cristiano hubiera admirado sin duda. Para él, Jerusalén no era más que una pequeña ciudad defendida por tres murallas y muy poblada de jacobitas, de sirios, griegos, georgianos y francos, que hablaban distintos idiomas. Posee dos hospitales, en uno de los cuales hay siempre cuatrocientos caballeros, apercebidos constantemente para ir a la guerra; un gran templo, que es el

sepulcro de aquel hombre, calificación que da el Talmud a Jesucristo, y una casa en la cual los judíos, mediante cierto canon, tienen el privilegio de hacer tintes. Además, los correligionarios de Benjamín de Tudela no eran numerosos en Jerusalén; apenas llegaban a doscientos que habitaban en la torre de David, en un rincón de la ciudad.





Fuera de Jerusalén, cita el viajero la tumba de Absalón, el sepulcro de Osías, la fuente de Siloé, cerca del torrente Cedrón; el valle de Josafat y el monte de los Olivos, desde cuya cima se divisa el mar de Sodoma. A un par de leguas de allí se levanta la indestructible estatua de la mujer de Lot, y el viajero afirma que, «aun cuando los rebaños que pasan junto a ella lamen continuamente esta estatua de sal, crece y se repone, volviendo a quedar como estaba anteriormente».

Desde Jerusalén, Benjamín de Tudela, después de haber escrito su nombre en el sepulcro de Raquel, según la costumbre de los judíos que pasan por aquel sitio, se trasladó a Belén, donde encontró doce tintorerías israelitas; y luego se dirigió a Hebrón, ciudad actualmente desierta y arruinada.

Después de haber visitado, en la llanura de Makhfela, las tumbas de Abraham y de Sara, de Isaac y de Rebeca, de Jacob y de Lía, se dirigió a Damasco pasando por Beith-Jaberin, Scilo, el monte Morija, Beith-Nubi, Rama, Jaffa, Jabneh, Azotos, Ascalón, edificada por Esdras el sacrificador; Lud, Serain, Sufurieh, Tiberíades donde se encuentran los baños calientes «que salen del fondo de la tierra», Gish, Meirún, que todavía es lugar de peregrinación para los judíos; Alma, Kadis, Belinas, cerca de la caverna en donde nace el Jordán, y saliendo por fin de la tierra de Israel llegó a Damasco.

He aquí la descripción que hace Benjamín de Tudela, de la ciudad de Damasco, donde comienza el país de Nureddín, rey de los turcos.

«La ciudad es muy grande y muy hermosa; está rodeada de murallas; el terreno abunda en jardines y vergeles a quince millas a la redonda, no habiendo en toda la tierra un país tan fértil como éste. La ciudad se halla situada al pie del monte Hermón, donde nacen los ríos Amana y Farfar, el primero de los cuales pasa por en medio de la ciudad, cuyas aguas, conducidas por medio de acueductos, llegan a las casas de los grandes, y a las plazas y a los mercados. Este país comercia con el resto del mundo. El Farfar riega los jardines y los vergeles que hay fuera de la ciudad. Los israelitas tienen en Damasco una mezquita llamada Goman-Daminesec, es decir, sinagoga de Damasco. No existe en la tierra un edificio semejante, y hay quien dice que fue en otro tiempo un palacio de Benhadad. Hay en ella

una muralla de vidrio, construida por arte mágico, con tantas troneras o agujeros como días tiene el año solar; el sol, descendiendo doce grados, según el número de las horas del día, entra cada día por uno de estos agujeros, pudiendo saber cada cual la hora que es, según el agujero por donde entra el sol. En el interior del palacio hay construidos casillas de oro y plata, del tamaño de tinajas, que pueden contener tres personas, que quieran lavarse o bañarse».

Después de Galaad y Salkah, situada a dos jornadas de Damasco, llegó Benjamín de Tudela a Balbek, la Heliópolis de los griegos y de los romanos, construida por Salomón en el valle del Líbano; luego a Tadmor, edificada como Palmira, con grandes piedras. Siguió luego a Cariatin y se detuvo en Hama, destruida en parte por el terremoto que en 1157 destruyó muchas ciudades de la Siria.

Sigue en la relación del viaje una árida nomenclatura de poblaciones cuyos nombres se limita solamente a citar, tales como Halab, Beles, Kalatdajbar, Racca, Harran, la principal ciudad de los sábeos; Nisibe, Djeziret, cuyo nombre turco es Kora; Mosul, sobre el Tigris, donde comienza la Persia; Nínive, punto de partida del cual vuelve el viajero hacia el Eufrates; Rahaba, Karkesia, Juba, Abkera, y, en fin, Bagdad, residencia del califa.

Bagdad agrada mucho al viajero israelita; es una gran ciudad de tres millas de circunferencia, con hospital para los enfermos ordinarios y para los judíos. De todas partes acuden a ella los sabios, filósofos, conocedores de todas las ciencias y magos expertos en toda clase de encantamientos. Es residencia y capital de un califa, que según ciertos comentadores debe ser Mostaidjed, que reinaba en la Persia occidental en las riberas del Tigris. Este califa poseía un gran palacio en medio de un parque regado por un afluente del Tigris y poblado de animales salvajes. Este soberano puede ser propuesto, bajo cierto concepto, como ejemplo a todos los potentados de la tierra. Es un hombre amante de la verdad, afable y atento con cuantos se acercan a él. Vive solamente del trabajo de sus manos, fabrica cobertores marcados con su sello, que hace vender en el mercado por los príncipes de su corte, a fin de proveer a los gastos de su manutención. No sale de su palacio más que una vez al año en la fiesta de Ramadán, para dirigirse a la